

Mendoza: idiosincrasia y hábitat

ABELARDO PITHOD

Revista Cultura Económica
Año XXV • N° 69 • Agosto 2007: 64-67

No sin ciertas dudas enviamos a *Cultura Económica* esta breve nota sin mayores pretensiones relativa a Mendoza, una experiencia largamente vivida.

Mendoza limita al Oeste con el macizo andino y, en las cimas, donde se dividen las aguas, con Chile. Al Este, un inmenso llano no la une sino que la separa de la pampa húmeda y, más allá, al término de mil ciento veinte (1.120) kilómetros, es decir, bien lejos, con Buenos Aires. Es decir, el macizo andino por un lado y la árida planicie por el otro. Estos parámetros constituyen no solo el encuadre geográfico e histórico de Mendoza, sino presencias reales de índole psicosocial ancestral. No se las puede soslayar porque están instaladas en el subconsciente colectivo, y constituyen partes relevantes del imaginario social. No es una forma poética o retórica de decirlo; es una comprobación que se impone al observador en cuanto va más allá de las apariencias y estereotipos.

Estas presencias influyen de múltiples maneras, incluso marcando rasgos de personalidad y comportamiento. La contundente inmediatez de la Cordillera de Los Andes (y tras ella de Chile), así como la árida lejanía respecto del mundo rioplatense son elementos que entran en la definición objetiva de Mendoza pero también en su autoimagen subjetiva, sus símbolos y mitos, sus afectos y rechazos. Aquí resulta interesante notar las diferencias con la imagen que se forman a menudo los forasteros, permanentes o visitantes, según hemos sido testigos. Muchos de ellos imaginan a los mendocinos sencillamente como gente de la montaña, siguiendo los estereotipos

que suele tener esa calificación. Esto es verdad sólo a medias. En realidad los mendocinos van a la montaña quizá menos que los turistas, y van por razones de paseo o deportivas, algunos pocos de trabajo, pero la inmensa mayoría no vive en ella ni la vive a ella. No obstante, como existe una persistente impresión respecto del carácter algo huraño, o poco dado, que suele atribuirse a los mendocinos, se supone que son así porque son habitantes de la montaña, es decir, cerriles. Nos parece que esta conexión no es del todo válida. Son habitantes del llano, de los oasis de la planicie, no de la montaña.

1. Clima y ser-en el-mundo

Esos rasgos de carácter, si de verdad existen y se pueden generalizar, se deben con alta probabilidad a otro influjo mucho más decisivo y el más fuerte que el entorno puede ejercer sobre la gente, el *clima*. Este sí ejerce un condicionamiento cierto, sobre todo si se trata de un clima fuerte y extremo, como es el caso. En cuanto al presunto carácter cerril debemos confesar que las quejas de los forasteros afincados en Mendoza deben tener cierta base real, pues las hemos escuchado no pocas veces. Se refieren a que no es fácil penetrar ese retraimiento social y que lleva tiempo vencerlo. No pocos aclaran que después de vencido, los locales abren sus casas y resultan amigables. Si así fuera, quizá estemos frente a un fenómeno más parecido a la timidez que, propiamente, a la antipatía o la xenofobia.

Nuestro interés en esta breve nota es relacionar estos datos con la determinante ambiental del clima¹.

Todo clima se impone como un “existencial” biológico o, mejor, biopsíquico, a los que viven en su égida. Los existencialistas llamaron *existenciales* o *existenciaris* a ciertos ingredientes del existir humano que lo acompañan siempre, por ejemplo el ser-en-el-mundo. Un constitutivo de nuestro ser es justamente ser en el mundo y por lo tanto del mundo biológico, tal el habitat (vital) y de éste el clima. Pues bien, los andinos nos movemos en un clima que por ciertos rasgos peculiares se nos impone como un existencial muy particular, seamos conscientes o no de él. No aludimos sólo a ese ingrediente con el que debemos convivir, al que no todos se acostumbran y que es tan nuestro: la sequedad de la atmósfera. Ella nos hace envidiar los “buenos aires” rioplatenses.

2. Yodo e hipotiroidismo

De lo que no se tiene una experiencia directa, y es más importante que la humedad ambiente, es de la escasez en este clima de un elemento esencial para la vida: el yodo. Este déficit ha marcado a los habitantes de la zona, que lo han sufrido desde siempre a causa del hipotiroidismo endémico que causa y contra el que se debe combatir aún hoy.

Esta falencia la atestiguaban en otros tiempos no muy lejanos la frecuencia y el tamaño ostensible de los bocios (“cotos”) de algunas víctimas del hipotiroidismo, así como la lentitud mental y psicomotriz que conlleva. Era lo que contribuía decisivamente a la existencia del “opa”, un personaje *sui generis*, que podía presentar una discapacidad mental leve, no invalidante para cumplir funciones sencillas en el ámbito de la familia tradicional. Al usar esta expresión no nos referimos a las familias de abolengo, aunque tampoco las excluimos. Aún gente humilde podía tener una persona de estas características en su casa, perteneciente o no a la familia, quizá en forma de “entenado”² el que, a cambio de comida, techo, alguna ropa vieja y otras retribuciones menores, prestaba distintos servicios.

Por cierto, el “opita” era protagonista de anécdotas y bromas transmitidas oralmente de generación en generación. Las nuevas generaciones no tienen, obviamente, noticia de estas cosas. Personalmente fui testigo de ellas ya en sus fases terminales, aunque no tan lejanas como para impedirme haber visto algún que otro bocio enorme, que a veces caía hasta la mitad del pecho.

3. Yodo, Zonda y rasgos ancestrales

La falta de yodo y su compañero inseparable, el viento Zonda, fueron y son, aunque hoy de manera paliada, circunstancias características e insoslayables del hábitat mendocino. Quién sabe si el sedentarismo y la poca belicosidad del indígena originario, no tuvieron algo que ver con esas condiciones ambientales. Se dice que nuestros aborígenes, los *huarpes*, recibieron bien la llegada de los españoles, para defenderse de vecinos indios más agresivos. Por cierto también se aliaron con el conquistador para ir configurando lo que sería un rasgo que ha llegado hasta hoy, la inclinación por el comercio. Quizá sea un antecedente de cierta fama de los mendocinos de ser algo fenicios. Sin embargo, y esta es una paradoja muy mendocina, esos indios, mansos y tranquilos, no lo eran por falta de energía, pues eran al mismo tiempo laboriosos. Aun soportando un hábitat relativamente hostil, fueron cultivadores de la tierra yerma, constructores de viviendas bastante estables—cuya calidad era superior a la de otras zonas—, alfareros y tejedores, cultivadores de maíz, zapallo, poroto, fabricantes de patay que obtenían de la vaina del algarrobo, etc. Su modo de cazar pareciera haber estado en armonía con la idiosincracia del habitante de estas tierras: perseguían al trotecito (a pie, ciertamente), con admirable paciencia, a los guanacos, hasta cansarlos debilitándolos por el hambre y la sed. Después se aprovechaban de su pelo para sus hilados. También pescaban de una manera singular, sumergiéndose en el agua con una cáscara de zapallo en la cabeza para mejor sorprender a la presa, porque, singularmente, estos antepasados comían pescado fresco proveniente de las lagunas de Huanacaché, cosa que no pueden permitirse los actuales habitantes que generalmente deben resignarse

a comerlos congelados.

El afincamiento sedentario había llevado a esos indios a construir canales y acequias para surtirse del agua de los ríos, con lo que se adelantaron varios siglos a la Mendoza de los grandes oasis que hoy hacen su grandeza.

Con todo esto queremos mostrar que si bien algunos de los modos mendocinos les han hecho fama de pachorientos y siesteros, paradójicamente, repetimos, han sido y son laboriosos, sino esta Provincia no sería lo que es. Quizá la tesis de Toynbee sobre la dinámica histórica *de incitación y respuesta*, uno cree verla confirmada en estos parajes. Las dificultades del clima, ciertamente bastante mayores que en la pampa húmeda, constituyeron la incitación que produjo esa respuesta. En Mendoza lo que se produce no es gratis. Un amigo chileno, hablando de la pampa húmeda argentina nos decía, no sin cierta admiración y un dejo de envidia: “allí tiras una piedra a la noche y al día siguiente ha crecido una planta”. En Chile no es así y en Mendoza mucho menos. La pampa húmeda no requiere tanta laboriosidad.

Permítasenos una ampliación sobre las condiciones climáticas de esta tierra. Los aires yodados del Océano Pacífico son detenidos al llegar a la Cordillera andina y los del Océano Atlántico poco llegan por la distancia. En cuanto al viento Zonda la explicación corriente es que las masas de aire húmedo del Pacífico, descargan esa humedad al chocar con la Cordillera y se precipitan luego desde las alturas de manera tan rápida que se calientan. El viento Zonda es un aire muy seco y caliente, que se abate a menudo sobre la Pre-Cordillera y menos frecuentemente baja al llano de Mendoza. La frecuencia de esas bajadas es mucho menor que la situación de zonda en altura. Éste es mucho más frecuente que los descensos en forma de viento. El ambiente puede estar “zondeado”, sin que haya un viento declarado, lo cual no quiere decir que no se sientan sus efectos. Eso sí, cuando baja, puede alcanzar ribetes de viento huracanado, con fuertes ráfagas en ocasiones peligrosas. Por otra parte es tal la sequedad del Zonda que la humedad de la atmósfera queda prácticamente anulada y la temperatura sube al

mismo tiempo de manera muy brusca. Hipotéticamente, si en el llano se está dado una temperatura de diez o quince grados, llegado el Zonda ésta puede subir a treinta y hasta cuarenta grados en muy pocas horas, aproximándose la humedad a cero. Es un fenómeno perjudicial para la salud, no sólo para las vías respiratorias o los ojos, por lo seco y cargado de polvo, sino porque perturba la coordinación motriz, la atención, incide en la presión arterial y puede provocar nerviosismo o apatía, por lo que se aconseja evitar las salidas y conducir vehículos. Alguna vez se tienen que suspender ciertas actividades, como las escolares. El viento o la situación de zonda puede durar horas o días.

4. Ansia de verde en el páramo

Hay otro factor ambiental que debe leerse como paradójico. Muy poco verde encontrará el visitante en esta zona que no haya sido producido y sostenido por el hombre. Pese al clima (incluida la falta de yodo, que provoca desgano), los mendocinos se han preocupado desde antaño en cultivar lo que la naturaleza les ha negado. Un visitante japonés, al ver la ciudad desde un alto mirador, la calificó como “la ciudad en el bosque”. Ese bosque existe por el amor a lo “verde” de los que en ella habitan, que han sumado a sus tradiciones vernáculas el impulso agricultor de los inmigrantes europeos. Además de su “ciudad en el bosque”, hace más de un siglo que el conglomerado urbano se embelleció con un parque de generosas dimensiones, el Parque General San Martín, que poco o nada le debe a la fecundidad natural. Es obra de este mismo hombre con aspecto pachorriento, parco en palabras, que optó por seducirla, laborándola y dándole agua mediante ese distintivo de mendocinidad que es el sistema de acequias y canales. Es decir, que invirtió dinero y tiempo para cambiarle el rostro a la aridez, cambiar su monótono color grisáceo por “mil distintos tonos de verde” y dotarla de la policromía de las flores, en fin, para protegerse con árboles de un sol que cae

inclemente, plantándolos a la orilla de las acequias, es decir para cambiar el antiguo desierto por los grandes oasis. Se ha debido pagar caro esta pasión vegetal, ya que en las épocas de floración, con un clima seco y de escasas precipitaciones plúveas que lo purifiquen, abundan las reacciones alérgicas.

Otro distintivo de Mendoza fue la pulcritud de su ciudad capital. La sobre-urbanización, la migración del campo a la ciudad y, al fondo, la pobreza, han arruinado esa emblemática pulcritud. Las acequias poco se parecen hoy a aquellas a las que no faltaba el rumor refrescante del agua. Actualmente se parecen más a desagradables sumideros de desperdicios y envases plásticos. Las otrora relucientes veredas están hoy manchadas y rotas. El deterioro generalizado de las ciudades del Tercer Mundo, países emergentes o como se las llame por eufemismo (son sencillamente pobres o empobrecidas), ha alcanzado también a la Mendoza de la que se ufanaban sus ciudadanos.

5. Una disculpa para concluir

El bosquejo que hemos hecho tiene más de experiencia que de ciencia. La disculpa es que no hay ciencia sin experiencia, y en este caso concreto sin experiencia vivida, lo que suele llamarse vivencia. Ésta es una experiencia interna de una experiencia externa, para usar el distinguo del memorable filósofo y teólogo canadiense Charles de Koninck. La experiencia externa e interna de la tierra en que se ha vivido.

¹ La importancia del clima en el nacimiento y desarrollo de las culturas se ha enfatizado desde Montesquieu. El estudioso del desarrollo económico P. T. Bauer (*Dissent of Development*), sostiene que de todas las variables que inciden en él hay solo una que puede ser decisivamente negativa, el clima.

² En las zonas rurales cuyanas solía emplearse el término en el sentido de niño “arrimado” a la casa de otro sin ser pariente.